

LUIS VALLS: UN BANQUERO HABLA DEL REY

“Reunimos diez millones de pesetas como regalo de boda para los Príncipes”

Me propuse conversar sobre el Rey con quienes, desde la intimidad de La Zarzuela, colaboraron con él para allanar el camino de la transición política que marcó el inicio de su reinado y consolidó su Corona. Las conversaciones pronto abarcaron a otros que no estaban en el reducido núcleo de los amigos del rey. Hablar sobre don Juan Carlos es conversar, ineludiblemente, sobre el general Franco, a quien él sucede legalmente en la jefatura del Estado y sobre su padre, don Juan, de quien hereda la legitimidad dinástica. En el origen de este libro está una pregunta: ¿Cómo es posible la vuelta de un Rey a una sociedad que había experimentado una profunda transformación social, a la que la institución monárquica había sido completamente ajena? Esto escribe Tom Burns, corresponsal de *Financial Times* en España, y autor de *Conversaciones sobre el Rey*, libro editado por Plaza & Janés y que se presenta el 8 de noviembre. EXPANSIÓN ofrece, en exclusiva, una de las entrevistas que componen este trabajo: la de Luis Valls, copresidente del Banco Popular”.

EN lo que Laureano López Rodó llamaría la larga marcha hacia la Monarquía, Luis Valls Taberner se cruza varias veces por el camino. Aparece ya de niño en Roma, en plena guerra civil, donde su padre, el sabio archivero Ferrán Valls i Taberner, da clases sobre la historia de Cataluña a un inquieto conde de Barcelona que intenta inútilmente alistarse en el bando nacional.

Reaparece en 1961, ya como alto ejecutivo del Banco Popular Español, administrando una suscripción popular que aportaría liquidez económica a los recién casados don Juan Carlos y doña Sofía.

A Valls le conocía desde hace tiempo en su faceta de banquero, por ser la institución que dirige una de las más admiradas internacionalmente en el sector financiero. Según avanzaba en la elaboración de este libro, caí en la cuenta de que su testimonio sobre la Monarquía me era imprescindible por varias razones y por un episodio, en concreto, cuya pista reveló Luis María Anson en su biografía de don Juan, que considero fundamental.

El episodio es la audiencia, de la que Valls es testigo, que don Juan Carlos concede a Pedro Sainz Rodríguez, el veterano conspirador monárquico y consejero clave de don Juan, durante tres horas en la mañana del 11 de julio de 1969.

En la tarde del día siguiente, el príncipe acude a El Pardo, donde Franco le notifica que sería sucesor suyo a título de Rey. La última parte de mi conversación con Valls se centra en aquel encuentro de La Zarzuela.

Pienso que el testimonio de Valls sobre la audiencia concedida a Sainz Rodríguez apuntala la tesis avanzada por Anson sobre la “estrategia bifronte” de la causa

monárquica. Sainz Rodríguez sería o bien el gran estratega o bien el eficaz colaborador de un pacto dinástico entre el padre y el hijo para restaurar la Corona.

Si esto fue efectivamente así, si el pacto existió, no hubo ningún peligro real, ni entonces ni después, de un enfrentamiento entre don Juan y don Juan Carlos y la meta de una democracia plena, asegurada por una Monarquía parlamentaria, se vislumbraba desde el mismo instante en el que Franco le anuncia su decisión a don Juan Carlos.

Valls se reveló a lo largo de la conversación como un muy discreto y utilísimo miembro del Consejo Privado de don Juan. La descripción de su labor —sumar gente, como el intrépido Antonio García-Trevijano, y abrir puertas, como la de la Dirección General de Seguridad del Estado franquista— ayuda a entender lo que fue la misión fundamental de los mejores asesores que tuvo el conde de Barcelona.

En la época en la que Valls hace de “secretario”, como le gusta decir, de Sainz Rodríguez, cuenta, entre sus múltiples obligaciones, la de presidir una sociedad anónima llamada Fomento de Actividades Culturales, Económicas y Sociales (Faces), que contaba entre sus activos el diario *Madrid*. La sociedad, ya prácticamente olvidada, merece una breve reflexión.

Valls, que funda Faces en 1961, dice que buscaba imitar los clubes políticos en Francia, que ayudaron, como foro de discusión, a la transición entre la agonizante Cuarta República y la Quinta, que llega con el general De Gaulle: “Como los que promocionaron aquellos clubes franceses, queríamos evitar una ruptura entre derecha e izquierda, entre totalitarios y demócratas, y salvar

una continuidad, idealmente a través de la Monarquía, creando cuerpitos intermedios.”

Creo que la madrugadora iniciativa de Faces, como el valiente diario de su propiedad, que fue tan esperpénticamente cerrado y dinamitado por el régimen, aportaron toneladas enteras de granos de arena al consenso nacional que permitiría la transición política y el comienzo del reinado de don Juan Carlos.

Valls reunió entre los accionistas de la sociedad a destacados juanistas, como el empresario Juan Herrera, el doctor López Ibor y el conde de los Gaitanes, y a camisas viejas falangistas, ex combatientes de la División Azul, como Alfredo Jiménez Millas, que fue vicesecretario general del Movimiento, y el general Tomás García Rebull.

Impulsado por Valls,

“ Valls se reveló como un muy discreto y utilísimo miembro del Consejo Privado de don Juan ”

Faces reúne tanto al Consejo Privado del conde de Barcelona como al Consejo Nacional de Franco y, vista así la sociedad, constituye, en toda la regla, un ensayo general de la Monarquía de todos, que consolida el heredero del primero y el sucesor del segundo.

—El contacto con la familia real comienza en el exilio.

—Pues sí. Al comenzar la guerra civil salimos de España y acabamos en Roma, donde mi padre da clases sobre la historia de Cataluña a don Juan.

—Fue una tarea semejante a la que haría Martín de Riquer con don Juan Carlos más de veinte años después, cuando el príncipe comenzaba sus estudios universitarios en la Casita de Arriba de El Escorial y venía una plan-

tilla de profesores a darle clases.

—Exactamente. Hay una continuación y una idea constante, que es la de conocer la realidad catalana. Don Juan le diría luego al príncipe aquello de que tenía que ir a Cataluña y hablar en catalán.

—Y es por aquel acuerdo de Roma por lo que usted forma parte del Consejo Privado de don Juan.

—Bueno, yo entonces era un niño. La invitación a formar parte del Consejo Privado surge después de la actividad que tuve en una comisión nacional monárquica que se formó a raíz de la boda del príncipe y de doña Sofía. Me incluyó en ella Alfonso García Valdecasas y éramos una treintena en la comisión. Su idea era reunir a gentes de distintas procedencias que juntos representaríamos a algo bastante amplio para apoyar a los príncipes.

primeros en este caso, como en tantos otros. Usted, supongo, se ocupaba de las pesetas. Luis María Anson escribe que usted, “discreto y eficaz, resolverá los pequeños problemas de la intendencia personal” cuando los príncipes se instalan en el palacio de La Zarzuela de recién casados.

—Se referirá Anson a los dineros que reunimos contactando desde la comisión a gente interesada en hacer un regalo de boda a los príncipes. Lo importante era poder apoyarlos económicamente. Reunimos diez millones de pesetas de las de entonces.

—Si hubiesen podido propagar esa labor sin las cortapisas de la censura, esa cifra seguramente se hubiera multiplicado. La suscripción popular organizada por ABC para levantar un monumento a don Juan después de su muerte ascendió a bastante más. Pero pasando al Consejo Privado, me interesó la visión que de él tiene Laureano López Rodó. Me decía que se dividía entre los consejeros que buscaban un acuerdo con Franco y los que se oponían.

—Es verdad. Había lo que podríamos llamar halcones y palomas. Pero éstos eran los más políticos, que optaban por una estrategia u otra. También estaban los que no eran políticos, yo por ejemplo, que no nos metíamos en eso.

—Pero llegan momentos en que hay que tomar partido y la decisión del príncipe de saltarse el orden de sucesión y aceptar ser el sucesor de Franco a título de Rey es el momento más importante. López Rodó, que al fin y al cabo fue el líder de los monárquicos profranquistas, intenta movilizar a quienes conocía en el Consejo Privado para que influyeran en don Juan y consigan su renuncia en favor de don

Luis Valls.

Juan Carlos. —Aquello no resultó, ¿verdad? Mire, yo creo que el sentir general era que no estábamos especialmente por el padre o por el hijo; estábamos por la institución de la Monarquía y la institución la representaban ambos. El poner uno delante del otro era una cuestión entre el padre y el hijo, era algo que se tenía que resolver dentro de la familia, y yo al menos en eso no me metía.

—Para don Juan, como todos sabemos y ustedes que lo vivieron de cerca mucho más que ninguno, fue terrible aquel paso que dio el príncipe asumiendo la sucesión de Franco.

—Yo creo que si don Juan hubiese querido entrar en el juego de Franco, hubiese sido el preferido.

—Yo pensaba que Franco veía al Conde de Barcelona como un rival, mientras que don Juan Carlos era un sucesor mucho más obvio en el sentido de que continuaría la obra que él comenzó. Jaime Carvajal tiene una teoría similar.

—Decía que Franco hubiese preferido a don Juan porque era lo más fácil y hubiera corrido menos riesgos. Si Franco nombra a don Juan, es decir, si respeta la legitimidad dinástica, y fracasara don Juan, el fracaso es de la Monarquía. Pero nombra a don Juan Carlos y así hace su Monarquía, con lo cual un fracaso hubiera sido un fracaso de su propio régimen.

Si don Juan se constituye en rival es porque él lo quiso así. Franco hubiera estado encantado de poder contar con él. El que no contase con don Juan dependió de éste



mucho más que de Franco.

—Si López Rodó ve un Consejo Privado dividido, Leopoldo Calvo-Sotelo, que rechaza la invitación para ser consejero, cree que es un órgano que servía de bastante poco y que además tenía mala imagen.

—Cuántos críticos, ¿no? Vayamos por partes. El Consejo Privado no era un organismo compacto. No era un consejo de administración.

—Eso también lo decía Calvo-Sotelo.

—Bien. Los consejeros éramos asesores, cada cual con su experiencia y su utilidad, y estábamos ahí para asesorar individualmente si se nos consultaba por algún asunto.

—¿Y en cuanto a la imagen antigua?

—Eso no lo juzgo. Lo que me parece comprensible es que quienes eran políticos no era un sentirían incómodos como miembros del Consejo Privado.

—Sí, eso también lo entiendo, porque el futuro político sería don Juan Carlos. Quería pasar a hablar de alguien que durante mucho tiempo sí se acercaba a Estoril, prestó múltiples servicios a don Juan y que luego pasó a ser muy controvertido y lo sigue siendo. Antonio García-Trevijano me contaba que es usted uno de quienes le introducen en el círculo de Estoril.

—Tiene razón García-Trevijano, pero eso lo recordaba mucho mejor él, que tiene muy buena memoria. Para mí, el presentarle en Estoril formaba parte de lo que teníamos que hacer como consejeros.

—¿Tenían que hacer?

—Sí. Parte de nuestra

función era sumar gente, y García-Trevijano era un hombre a sumar. Tenía una clara inteligencia.

—Pero meter un republicano en Estoril, ¿no era perder un poco el tiempo?

—Pues en aquel entonces, García-Trevijano no era más republicano de lo que lo podría ser yo, y yo, aunque no militara en un partido monárquico, tenía una fuerte relación con la Monarquía y no era, ni por asomo, republicano.

—En 1967, don Juan se enteró de que Franco había sufrido una lipotimia y le pide a García-Trevijano que investigue el asunto. García-Trevijano entonces acude a usted para que le presente a los altos jefes de la seguridad del Estado.

—Sí. Fue así, tal como se lo contó García-Trevijano. Esto, de nuevo, entraba dentro de la función de ser consejero. Lo mismo que sumábamos gentes, estábamos a disposición de don Juan para lo que él necesitase, para dar un consejo o para abrir una puerta. Ésta es una función clásica de un consejero y yo así lo entiendo y actué en consecuencia.

—Y por ello mismo vuelve usted a facilitar trámites y abrir puertas dos años más tarde, cuando Pedro Sainz Rodríguez vuelve a España, en vísperas del nombramiento del príncipe como sucesor de Franco a título de Rey.

—Naturalmente. Además, don Pedro fue amigo de mi padre. El tema es que él tenía toda clase de complicaciones al cruzar la frontera. Franco le había, por fin, concedido un pasaporte diplomático, pero pensaba que su ficha seguía ahí, con la Guardia Civil... en el puesto de

Badajoz.

Él estaba en Elvas, en el lado de Portugal, y sus hermanas estaban esperándole en Badajoz, en el lado de España, y se estaba poniendo más y más nervioso. Temía ante todo hacer el ridículo siendo detenido, aunque hubiese sido pasajeramente, nada más pisar España, y temía también la terrible humillación de tener que volver a Lisboa. Y entonces me llamó desde Elvas.

—A eso quería llegar.

—Bien. Pues don Pedro me localiza, a través del banco, en Lhardy, donde estaba almorzando y yo consigo localizar a Alonso Vega, que volvía de una cacería. Lo que ocurre es que Alonso Vega no consigue hablar con Franco, que estaba jugando al golf, y no podía ser molestado, y entonces me hace a mí responsable de que Franco le había dado luz verde a Sainz Rodríguez para volver a España. Cuando le di mi palabra de que Sainz Rodríguez no tenía ningún problema pendiente con la guardia civil, Alonso Vega llamó al paso de la frontera en Badajoz, aunque, eso sí, amenazándome con que me encerraría en no sé cuántos sitios si Franco se disgustaba con la llegada de Sainz Rodríguez a Madrid.

—Y pocos días después, es usted quien acompaña a Sainz Rodríguez, el viejo consejero de don Juan a lo largo de casi treinta años, a una audiencia con don Juan Carlos. Aquella reunión es la que fue

ser anfitrión y si no lo soy tengo la costumbre de ponerme cerca de los anfitriones. Y por otra parte, yo siempre le he tenido mucho respeto a la gente con años, que era el caso de don Pedro. Ahora la cosa es que el que tiene años soy yo, y no puedo ejercer ese respeto como quisiera. Así que, entre una cosa y otra, soy yo quien llama a La Zarzuela. Explico que don Pedro ha llegado a Madrid y que quiere ver al príncipe y consigo la audiencia casi de inmediato.

—Y le acompaña.

—Pues sí, voy yo y también Pedro Plans, un amigo común e hijo de un conocido de don Pedro como era mi caso. Yo a don Pedro le pongo el coche, y digamos que me convierto en su secretario. Nos vimos con don Juan Carlos a las doce del mediodía y se nos pasaron tres horas con él sin darnos cuenta.

—Es en esa conversación donde están múltiples claves para entender lo que sería la restauración de la Monarquía. Estamos en el día 11 de julio de 1969. Sainz Rodríguez está convencido de que la tan esperada decisión de Franco de nombrar su sucesor no puede demorarse mucho más.

—Así es. Don Pedro le dice a don Juan Carlos que la decisión no depende ni de él, ni de su padre ni de nadie que no sea Franco. La decisión dependía sola y exclusivamente de Franco. Eso fue lo primero que

sión es al día siguiente. Ustedes están con el príncipe un viernes día 11 de julio, y el sábado 12 de julio, Franco convoca al príncipe después de comer y le dice que a los diez días, el 22 de julio, se celebraría un pleno extraordinario de las cortes en el que sería nombrado sucesor a título de rey. Las fechas de su audiencia con el príncipe y la del príncipe con Franco están en el libro de Anson.

—Exacto. Las fechas son esas.

—¿Cuál es el impacto, a su juicio, sobre don Juan Carlos de todo lo que le viene a decir Sainz Rodríguez?

—Importantísimo. Era muy, muy importante que don Pedro le expusiera al príncipe de una manera tan clara lo que podría ocurrir y cómo debería actuar. Era muy importante para el príncipe saber directamente de boca de don Pedro que tenía que comprometerse y aceptar. Lo normal para el príncipe, al informarle Franco de su decisión, hubiera sido dudar, entre otras cosas por el temor a la beligerancia de su padre. Pero don Pedro le decía que de ninguna manera, que nada de dudas y que de su padre se encargaba él. Don Pedro le decía que el pueblo español nunca entendería que el padre y el hijo se peleasen por el trono.

—Es decir, una inyección enorme de moral para don Juan Carlos en la que resultaría ser la víspera de su nombramiento.

—Eso. Fue un mensaje muy reconfortante sobre todo viniendo de donde venía. Don Pedro era la eminencia gris de don Juan y era el líder de los balcones, de aquellos que hablabamos antes que querían mantener el distanciamiento con Franco.

—Sin embargo, por mucho que diga Sainz Rodríguez que no hay que preocuparse por la reacción de Estoril, el hecho es que don Juan no aprueba el nombramiento del príncipe ni mucho menos la aceptación del príncipe. En su manifiesto del 19 de julio, don Juan dice desde Estoril que no se ha contactado con él, ni tampoco con la «voluntad libremente expresada del pueblo español» y que él es un mero «espectador» de lo que llama una «instauración». Don Juan les prohíbe a las infantas Pilar y Margarita y a los demás miembros de la familia real acudir al pleno de las

cortes en el que el príncipe sería nombrado sucesor.

—Sí, pero ahí ya se entra en política y cada cual tiene que representar su papel. Una cosa es lo que se le dice al príncipe en privado en cuanto a las intenciones, deberes y actitudes de cada uno y otra es lo que sale en público, aunque la verdad es que poco sale en público.

—Eso es muy cierto, porque la censura se encarga de que no se conozca el manifiesto del día 19, lo mismo que, salvo para los que estaban muy metidos en política, tampoco se conocieron los anteriores manifiestos de don Juan.

—El tema es que precisamente para esa clase política que estaba entera da tampoco era nada malo que el padre manifestase un cierto disgusto. Es muy posible que don Pedro, a pesar de lo que le dijo al príncipe, considerase que lo propio era una reacción airada por parte de don Juan.

—Hay, por lo tanto, cierto aire de tongo.

—Lo que hay es política.

—¿Cree que Sainz Rodríguez sabía cual era la decisión de Franco y que sabía también que Franco le iba a comunicar muy pronto su decisión al príncipe?

—Eso es lo que cree Anson y es una hipótesis válida. Ahora, en mi presencia, don Pedro le habla al príncipe de una situación que podría ocurrir y de cómo debería actuar.

Claro que lo que dice don Pedro que podría ocurrir, ocurrió al día siguiente. También es verdad que aquí hay mucho del buen hacer de don Pedro. Su gran talento era que conocía a fondo cómo funcionaba la gente. Nos tenía estudiados a todos y sabía cómo íbamos a reaccionar y qué íbamos a hacer en cada momento. Seguro que él, cuando salió de Lisboa, ya sabía que yo sería su secretario a su llegada a Madrid.

—¿Manipulaba?

—No exactamente. Tenía un guiño y conocía bien a los actores que lo iban a representar. No es una manipulación en el sentido peyorativo.

—Y usted, como miembro que era del consejo privado, como anfitrión de García-Trevijano o como secretario de Sainz Rodríguez, se acopla al guiño.

—Es que si hago favores es, en el fondo, porque me los piden. En mi profesión de banquero, la idea de servicio es clave, como también lo es ayudar a la gente a resolver sus problemas.

“ Don Juan se constituye en rival porque él quiso. Franco hubiera estado encantado de contar con él ”

importantísima en el plano político, para el país, para la Monarquía, según explicaba usted hace un momento.

—Don Pedro quería ver al príncipe nada más llegar. La verdad es que pensaba que Madrid era como Lisboa y que La Zarzuela era como Villa Giralda en Estoril y que, por lo tanto, no tenía más que ir ahí, tocar el timbre y le recibiría don Juan Carlos, a quien había visto prácticamente nacer. Yo pensaba horrorizado en la cara que podrían los guardias en el control de Somontes para acceder al palacio al llegar don Pedro diciéndome que era Sainz Rodríguez y que venía a ver al príncipe. Así que me moví.

—Luis Valls, de nuevo al rescate.

—Eso. La verdad es que estoy muy acostumbrado a

le dice. Lo segundo fue que si Franco decide nombrar al príncipe que no cabía ningún tipo de dudas. En cuanto Franco se lo propusiese, le vino a decir don Pedro, el príncipe tenía que aceptar el nombramiento sin dudarlo. Y luego lo tercero, y esto fue el broche final, fue que don Pedro le dijo al príncipe que no se preocupase por la reacción de su padre. «De la buena reacción me encargo yo», le decía al príncipe.

—Sainz Rodríguez no le dice al príncipe que Franco le nombrará sucesor.

—No. Le dice que la decisión es de Franco y le describe la hipótesis de que efectivamente le nombraría. Luego le dice que acepte sin dudarlo y de que se despreocupe por la reacción de su padre.

—Y resulta que la deci-